

UN JUICIO SOBRE LAS JUEZAS

“Ciérrese la Real Academia de la Lengua”, “no hay autoridad sobre el idioma”. “La escuela ha muerto”. ¡Viva la gente! “La voz de la calle unida, jamás será vencida”. Hasta aquí los “*progres*” del idioma. “Ni un paso atrás”, “limpia, fija y da esplendor”, “eñe que eñe”, la eñe es nuestra”. Hasta aquí los “*carcas*”. Tradición y cambio. Es curioso señalar que esta divisoria lingüística suele ir también acompañada de una cierta posición política. ¿Quién tiene la razón? ¿Todos? ¿Ninguno? ¿Ambos? Los clásicos, que si se estudian en las clases es porque algo nos enseñan y no pasan de moda, tenían una certera sentencia: “de nada en exceso”. La lengua, como la vida, es móvil. Hoy no hablamos ya como en tiempos del Cid. Es cierto. Pero tampoco hemos saltado desde la edad media a nuestros días en un brinco de pocas semanas. Un buen ejemplo de esto es la ortografía. Desde el siglo XVIII se han realizado diversas reformas para acercar la escritura al habla. Sin embargo, ello se debe hacer con mucho tiento y con mucha prudencia. Despacito y buena letra. No debemos hacer que los libros de nuestros abuelos sean ilegibles para nuestros nietos. Es una cuestión de “absorción”. La historia es siempre una sucesión de generaciones. Sin despreciar al pasado por mirar al futuro, ni desdeñar el futuro para reverenciar el pasado.

En la evolución de las lenguas dominan siempre dos tendencias antagónicas: una, la tradición culta que se trasmite en las escuelas; otra, la renovación “popular”, tanto más fuerte cuanto menor es el influjo de aquella. De aquí que las lenguas sean la resultante de las dos fuerzas antes mencionadas y nunca tengan “unidad”. Una lengua que no tenga contradicciones no es una lengua natural sino un lenguaje artificial creado para programar una máquina. Veamos de más cerca los argumentos de los que hemos llamados “*progres*” y “*carcas*”:

Primero, el pueblo es el dueño exclusivo de la lengua. Somos todos los hablantes los que la usamos y podemos cambiarla según nuestra voluntad, pues no se ha hecho el hombre para el sábado sino el sábado para el hombre. El lenguaje no es una creación de

aristócratas sino una democracia verbal. El mismo san Agustín nos dice que comete errores en sus sermones porque prefiere la censura de los gramáticos a que el pueblo no lo entienda. Los hombres cultos habrían fosilizado las palabras “murciélagos” y “altozanos” por ser las dos erróneas. Una es “murciégalo”, ratón ciego, y la otra confunde “ante” con “alto”. La palabra “ante ustium”, antozano, era la plaza “ante” la puerta de la iglesia, pero como las iglesias solían y suelen estar en “alto”, entonces se dijo “altozano” en vez de antozano. Y hoy bien podrá decirse “jueza” o “portavozas” si la mayoría del pueblo quiere decirlo así.

Segundo, la lengua es un don y un legado histórico que hemos recibido y los usuarios de ésta no son precisamente quienes mejor la usan y la conocen. Quienes utilizan un procesador de textos no deben ser ellos mismos programadores informáticos. Hacen falta buenos modelos, ejemplares, y no se imita sino a los mejores, los aristócratas de la lengua. Las palabras “bocata” y “sudaca” tienen autores conocidos (“bocata”, si no yerro y puedo hacerlo, es creación de Forges), así como “vivencia” es la traducción orteguiana del alemán “erlebnis”. ¿Hemos de aceptar que a “Pedro le ha *tocao* la lotería” porque la “d” entre vocales se debilita? Y si san Agustín se rebaja a emplear un latín degradado para que lo entienda el pueblo es solamente porque el pueblo entonces era inculto, iletrado, y la cultura debe ser un esfuerzo de elevación y no de abatimiento. En cuanto a los errores dichos sobre las palabras “murciélagos” y “altozano”, el mismo “progre” declara que son errores y que éstos no hubiesen arraigado en la lengua si hubiese sido mayor el influjo de la escuela y los autores cultos. En Francia, a mediados de los años treinta del siglo pasado, el adverbio “très”, muy, había caído en decadencia sustituido por “archi” (como hoy aquí con “super”, “mega”); pero la Academia de los cuarenta inmortales, y los buenos escritores, lograron restaurar el adverbio “très” dejando “archi” para usos como “arzobispo”.

Y bien: ¿Juezas? ¿Portavozas? No es muy extraño que algunos, fanáticos de un malentendido feminismo, no sepan lo que es un sustantivo “epiceno”. Ciertos nombres carecen de un género gramatical y éste viene señalado por el artículo únicamente. No hay ningún agravio sexual en decir “la juez” y el sustantivo “jueza” es tan aberrante como hablar de “novelista” para no discriminar a los varones.

Antes hemos dicho – este plural es un singular retórico - que debemos ser muy mesurados en todo lo concerniente al lenguaje. No tocarlo si no hay ninguna necesidad de hacerlo. Y menos como pelliza de una ideología cuya defensa merece mejores armas. Una “sargento” es una mujer con cierta graduación militar, pero una “sargenta” es una mujer mandona. Me parece que somos muchos los que aceptamos el nombre de “embajadoras”, pero también somos muchos a quienes nos rompería el tímpano escuchar “consulas”. Y no creo que las “juezas” incrementen sus ingresos ni su honorabilidad con un morfema añadido. La virtud de ser comedidos viene a ser una y la misma cosa que la virtud de ser prudentes. La etimología de “prudencia” es “pro-videncia”, “ver por delante”. En cierto modo, casi un adivino, pero “en serio”. Cuando se comenzó a hablar de “juezas” solamente existía ya un corto paso para la creación del engendro “portavoza”. Yo espero que el radicalismo feminista no deshoje los manuales polvorientos de la historia para hablarnos de Catalina de Erauso, la monja “alférez”.

Pablo Galindo Arlés
16 de marzo de 2018